

# CONTENIDO

---

## 1. Tema monográfico:

MONOTEÍSMO: DIVINIDAD Y UNIDAD RECONSIDERADAS

Erik Borgman, Maria Clara Bingemer y Andrés Torres Queiruga:  
*Editorial* ..... 7

Pierre Gibert: *Los problemas filosóficos, políticos y éticos relacionados con los binomios unidad y pluralidad/monoteísmo y politeísmo. Visión general de los debates suscitados* ..... 11

### *Pluralidad y unidad en las tradiciones religiosas*

1.1. Marie-Theres Wacker: *El monoteísmo bíblico entre la disputa y la revisión. Perspectivas veterotestamentarias y cristianas* ..... 21

1.2. José Luis Sánchez Nogales: *La unidad de la Ley revelada. La Torá y el Corán* ..... 35

1.3. Catherine Cornille: *El teísmo y la tolerancia en el hinduismo* ..... 45

1.4. Maria Clara Bingemer: *“En verdad, ves la Trinidad si ves el amor”* ..... 57

### *Formas de pensar la unidad de Dios en las tradiciones cristianas*

1.5. Andrés Torres Queiruga: *Monoteísmo y violencia versus monoteísmo y fraternidad universal* ..... 71

1.6. Erico Hammes: *Triunidad divina versus autoritarismo* .. 83

---

1.7. Michael Amaladoss: <i>El único Espíritu y la pluralidad de dioses</i> .....	95
1.8. Erik Borgman: <i>Una nueva visión: liberar sin excluir, liberar sin eliminar la identidad</i> .....	105

## 2. Foro teológico

2.1. Paul Eppe: <i>Karl Rahner, 25 años después. Un legado, una exigencia permanente</i> .....	115
2.2. Rosino Gibellini: <i>El monoteísmo y el lenguaje de la violencia. El debate teológico sobre el libro de Jan Assmann "Moisés, el egipcio"</i> .....	123
2.3. Massimiliano Marianelli: <i>El humanismo cristiano de Simone Weil</i> .....	129
2.4. Margot Bremen: <i>Lugo Presidente: ¿un sueño frustrado?</i> .....	137

*“No tendrás otros dioses fuera de mí” (Dt 5,7)*

### **La unidad de Dios en un mundo plural**

**H**ace algunas décadas, para una persona que viviese en Occidente, parecía muy evidente que el monoteísmo era la única opción religiosa posible. Ello coincide con lo que afirman y defienden las tradiciones bíblicas –judía y cristiana– y el Corán: que la unidad de Dios es también una cuestión de revelación y, por consiguiente, de fe. Desde que la Ilustración, y sobre todo los grandes filósofos modernos e idealistas, cuestionasen la visión del mundo predominante hasta entonces, lo relativo a la unidad de Dios empezó también a hacerse más visible. Según algunos sectores de la sociedad y de la Iglesia, la creencia en un Dios único pasó de ser no sólo una verdad de fe, sino también una intuición de la razón pura. No obstante, la pluralidad del mundo contemporáneo, la fragmentación de la aparentemente tan sólida modernidad, ha generado una visión del mundo igualmente plural. Y ello ha afectado tanto a la religión como a otras dimensiones de la vida humana.

Como resultado, en las críticas más recientes a la Ilustración, con la llegada de la denominada posmodernidad, se ataca principalmente esa idea de unidad. Situada en el centro del pensamiento moderno, se acusa a la unidad de propiciar que la lógica del orden jerárquico y de la exclusión del diferente y de las diferencias esté instalada y confirmada. Y ello en favor de aquellos que están en el cen-

tro del poder y que definen y deciden qué y cómo es el mundo y sobre todo cómo debe ser. Pero al mismo tiempo excluyendo del acceso a las alternativas a los que están al margen del proceso moderno y del progreso. Su visión aparece muchas veces como desviada, obsoleta y equivocada. Sus creencias, como superstición o magia. Ellos mismos se convierten en “otros” con relación al patrón central occidental. Se les tolera más si son exóticos, y, en última instancia, culturalmente aniquilados e incluso físicamente destruidos.

Tras lo sucedido el 11 de septiembre de 2001, saltaron a la palestra otras cuestiones importantes: ¿estará la fe monoteísta generando fanatismos y fundamentalismos que producen, a su vez, violencia en todo el planeta? ¿Serán las religiones monoteístas fuente de exclusión y, por ende, de violencia e intolerancia? E incluso: ¿tendrá el Dios que las denominadas religiones monoteístas adoran y proclaman una lógica tan exclusiva y destructiva?

Según muchas críticas, la respuesta es afirmativa. El Dios del judaísmo y del islam no sólo es violento de hecho, tal y como aparece de forma clara en numerosos pasajes de los Libros Sagrados de dichas religiones. En su deseo de unidad y en su constante intento de excluir la pluralidad y la ambivalencia de su visión del mundo, expresada en su adhesión a un solo y único Dios, se acusa a estas religiones de ser violentas también en principio. Para la Ilustración, el monoteísmo era la forma intelectualmente más alta de conciencia religiosa, debido a la convicción de que lo Absoluto debería pensarse como uno y único. Según la lógica y la crítica ilustradas, por otra parte, el politeísmo podría considerarse éticamente mejor porque rompería con la obsesión por la unidad y la jerarquía y favorecería e incluso estimularía la pluralidad. En el artículo inicial del presente número de *Concilium* se presentan estos debates y su telón de fondo.

En el libro del Deuteronomio se cita la unidad de Dios como un aspecto del poder y del carácter liberador del Dios Único: “Yo soy el Señor, tu Dios. Yo te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses fuera de mí” (Dt 5,6-7). Se insta al pueblo de Dios a evitar adorar otras divinidades distintas al Dios libertador. Lo que se excluye aquí no es la pluralidad, sino la posibilidad de pensar en poderes opresores como verdaderamente divinos. El Dios libertador es Dios desde antes de la Creación hasta el fin de la historia, a cuyo término se demostrará cabalmente la inexistencia y la impotencia de todos los demás poderes.

En otras palabras, existen motivos de sobra para volver a investigar desde una óptica teológica lo que entendemos y lo que significan los

conceptos de “unidad” y “pluralidad” en las tradiciones religiosas. Hablar de ellos en términos de “monoteísmo” y “politeísmo” puede inducir a error. Por ello, los artículos de la primera parte de este número analizan el marco de la unidad en su relación con la diversidad en distintas religiones. El último artículo de esta parte presenta una crítica de los conceptos de “monoteísmo” y “politeísmo” en la historia del estudio de las religiones.

No obstante, aunque se pueda demostrar que la unidad y la unicidad de Dios en las tradiciones monoteístas no es la unidad exclusiva atacada por la Ilustración, es cierto que muchas veces la fe monoteísta ha estado en el centro del conflicto y de las disputas a lo largo de los siglos pasados. Y cierto es también que así sigue siendo en la actualidad. Para los que son herederos de las tradiciones bíblicas, el propio mandamiento de no tener otros dioses que el Dios verdadero que libera se entiende en el marco de una perspectiva concreta, y podría dar la impresión de excluir cualquier otra forma de creer.

Tras la introducción, en la segunda parte de este número, se presentan y desarrollan alternativas para entender y practicar la unidad en las tradiciones cristianas. Esta parte finaliza con una visión de la unidad y unicidad de Dios que es libertadora y no excluyente, y con una idea de fe de la comunidad de creyentes de este Dios que es específica, sin constituir una identidad estática y excluyente.

(Traducido del portugués por Jaione Arregi)



LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS, POLÍTICOS  
Y ÉTICOS RELACIONADOS CON LOS BINOMIOS  
UNIDAD Y PLURALIDAD/MONOTEÍSMO  
Y POLITEÍSMO

Visión general de los debates suscitados

*“He experimentado una secreta atracción por el politeísmo... Y es que, al menos desde un punto de vista intelectual, me parece que el politeísmo es más satisfactorio o, dicho con otras palabras, que el monoteísmo crea tantos problemas como soluciones da, si es que realmente llega a dar soluciones...”*, Hervé Tremblay, O.P.

**E**n estos términos se atrevía a confesar su opinión un exégeta y teólogo dominico en una revista de teología al comienzo de la segunda entrega de un artículo titulado “Yahvé contre Baal?”. Y proseguía así:

“Pues si sólo existe un único Dios, eterno y todopoderoso, debemos explicar su relación con el mundo, debemos justificar el mal bajo todas sus formas y explicar por qué los sucesos del mundo están tan en desacuerdo con su plan benevolente. A la inteligencia le satisface más pensar en dioses buenos y dioses malos que luchan

---

\* PIERRE GIBERT, S.J. (1936). Doctor en letras y ciencias humanas (París-Sorbona) y en teología. Exegeta de Antiguo Testamento y profesor honorario de la Universidad Católica de Lyon. De 1998 a 2008, redactor jefe de *Recherches de Science Religieuse* (RSR).

En 2008 publicó una edición crítica de *Histoire critique du Vieux Testament* (1678) de Richard Simon. Próximamente aparecerá *L'invention critique de la Bible. XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècle*, una historia de la exégesis bíblica.

Dirección: 15 rue Monsieur, F-75007 Paris (Francia).

<sup>1</sup> Hervé Tremblay, O.P., “Yahvé contre Baal? Ou plutôt Yahvé à la place de Baal? Jalons pour la naissance d'un monothéisme. II. Le conflit entre

---

constantemente entre sí, que pensar en un dios que pueda explicarlo todo..."<sup>1</sup>

Sin duda alguna, no es nada habitual hacer una "confesión" de este tipo, que no sólo está escrita por la pluma de un cristiano, que además es exégeta y teólogo, sino que además se expresa en términos tan racionalistas. En efecto, en el contexto actual, tras los últimos decenios del siglo anterior, los esfuerzos se concentran en otra dirección, imprevisible en su novedad y bastante radical, a saber, la demostración de la peligrosidad o la perversidad del monoteísmo. Al pensar así, surge, por consiguiente, su tradicional opositor y adversario, el politeísmo, que, en contraposición al primero, se ve altamente apreciado por su pluralidad, considerada como expresión "más humana". En esta perspectiva, el politeísmo condenaría la "moneidad" por su suficiencia especulativa y la violencia a la que induce, sobre todo por la "ley" que el dios único impondría como lo hace un dictador o un sistema totalitario. Así pues, en nombre de una especie de nuevo humanismo, habría que distanciarse de una adquisición probada que hacía rechazar, en interés de la humanidad, toda forma de politeísmo que la misma racionalidad había invalidado definitivamente.

Porque hace un siglo que se había creído, en Occidente al menos, poner punto y final al politeísmo; y sus vestigios, que aún se encontraban en otras culturas y religiones, les resultaban interesantes, no sin condescendencia a veces, a los etnógrafos e historiadores de las religiones. Éstos podían entonces presumir de una curiosidad simpática –y ¡científica!– en oposición a la actitud demasiado comprometida e interesada de los misioneros en su celo, más o menos inconscientemente orgulloso, por un monoteísmo exclusivo. En efecto, si éste ya no parece evidente, no lo sería por todas las formas de ateísmo, pues el monoteísmo sería aún contestado desde un punto de vista cultural, e incluso antropológico, en razón misma de que su "moneidad" induciría precisamente a la violencia, primero intelectual y, luego, histórica e incluso existencial. Esto es lo que parece estar en juego actualmente en las cuestiones planteadas, independientemente de su validez, o en algunas de ellas.

Ahora bien, este nuevo cuestionamiento, no desprovisto de polémica, ¿no podría contener sorpresas positivas para una renovación de las ideas y, por tanto, de la reflexión?

---

Canaan/Baal et Israël/Yahvé selon les textes", *Science et Esprit. Revue de Théologie et de Philosophie* 61(2009) 51.



¿Qué es lo que entendemos exactamente cuando hablamos de “monoteísmo”? ¿Es su opuesto tan “descabellado” como parece? ¿Estamos tan seguros de la precisión lingüística y de sus inferencias cuando hablamos de las “tres grandes religiones monoteístas” como si sus diferencias fueran en cierto modo relegadas a un segundo lugar con respecto a este reconocimiento fundamental?

En primer lugar, no debemos olvidar ni desatender el hecho de que el monoteísmo es, por una parte, hijo del politeísmo, aunque podamos hablar de un cierto monoteísmo fundamental, más o menos consciente, a veces supuesto en el trasfondo de todo culto politeísta y, según el orden de un ser divino superior, absolutamente trascendente, fuente de todo y que abarca a todas las múltiples divinidades del politeísmo. Veneradas éstas por su accesibilidad y, sobre todo, por la peligrosidad que no se reconocía a una especie de ser divino inaccesible y, por tanto, sin riesgo ni interés, los fieles, más inmediatamente vulnerables en su vida cotidiana, rogaban a los diversos dioses preocupados o afectados por sus dificultades. Tales son las famosas divinidades de la tierra y del cielo, de la luna o las estrellas, de los árboles y las fuentes, etc., todas ellas por debajo precisamente de aquel orden divino presentido, pero que no suscitaba inquietud alguna.

Paralelamente, el reconocimiento de una especie de monoteísmo de elección y de devoción en la opción personal por una divinidad a la que se apreciara individualmente, familiarmente o socialmente, podría relativizar en la práctica un politeísmo que, debido a su ilimitación, más o menos genealógica, lo habría hecho impracticable, sin por ello llegar a aquel monoteísmo que habría de imponer el corpus bíblico en su apogeo doctrinal.

Pero, sobre todo, para imponer en contra suya una unicidad divina exclusiva, nuestra terminología ha tomado prestado de la esfera del politeísmo designaciones genéricas que proceden de los nombres propios de dioses diferentes. El término latino *Deus*, como su sinónimo griego, casi homónimo, *Theos*, conserva claramente el recuerdo de Zeus; asimismo, el genérico *El* no puede hacernos olvidar a la divinidad atónica que designaba al principio, ni, *a fortiori*, su plural *Elohim*, interpretado en singular en el seno de Israel, ni, por tanto, el árabe *Allah*, que proceden de la misma raíz semítica. En cuanto a *Yhwh*, el Único *par excellence*, según su acepción bíblica, actualmente se reconoce que al principio designaba a un dios del panteón cananeo, que tenía incluso su consorte.

Dicho de otro modo, toda designación de un dios (o Dios) único, que aparece históricamente como sucesión de un politeísmo, conser-

---

varía, solapadamente, un recuerdo semántico, y, en consecuencia, una cierta ambigüedad doctrinal. Recordemos de pasada que el Dios único de Israel, desgarrado sin posibilidad de retorno de un politeísmo previo, condenado y en principio olvidado, no se libró de una etapa intermedia, la de la monolatría, en la que el dios único de un pueblo podía tolerar el reconocimiento de otras divinidades en los demás pueblos e incluso en el seno del mismo pueblo.

Así pues, desde el punto de vista de la historia de las religiones no se habría acabado tan fácilmente con el monoteísmo ni el politeísmo, dada la complejidad que la misma historia de las religiones e incluso la filosofía de la religión no dejan de recordarnos. Y la reciente oposición al monoteísmo a favor del politeísmo, más o menos positivamente valorado, pero no para admitirlo como sustitución del primero, tal vez no sea sino el último avatar de esta historia que no habría verdaderamente terminado con el cristianismo ni con el islam en cuanto herederos de un judaísmo laboriosamente liberado de su politeísmo.

En efecto, éste fue el resultado de una evolución lenta y compleja que un día llegaría a admitir como algo indudable un monoteísmo gracias a una racionalidad triunfante, concretamente, la de ciertos filósofos de la Grecia antigua. En este sentido, sería suficiente recordar los primeros capítulos de la *Summa* de santo Tomás para dispensarnos de retroceder en la historia, sobre todo en Occidente, en la que todos los deísmos y teísmos, más o menos anticristianos, debían justificarse por una prueba fundamentada en la razón.

¿Qué ha ocurrido, por tanto, en estos últimos decenios para que este juego fundamentado en la prueba y en la excelente comprensión entre el monoteísmo y la razón, haya llegado a ponerse en cuestión, en ocasiones con violencia o con una rotundidad en la que no se percibe contradicción alguna? ¿Bastaría, para responder, con evocar el espíritu de nuestro tiempo, es decir, unas particulares circunstancias que habrían valorado como nunca anteriormente la denuncia del monoteísmo como factor de violencia? ¿Perseguiría el argumento que, en nombre de la “moneidad” exclusiva por esencia, sin por ello regresar necesariamente a ninguna forma de politeísmo, aboliría todo monoteísmo en nombre de su carácter como instrumento maléfico y peligroso?

Según nuestra opinión y nuestros conocimientos, dos son las corrientes que han conducido a esta argumentación: la procedente de los ejemplos históricos y contemporáneos de tal o cual religión monoteísta, y la derivada de un rechazo personal a la presión familiar o a una tradición religiosa acusada de esterilizar toda investigación y todo

respeto hacia los demás. En el primer caso, la tradicional invocación de la Inquisición en la Iglesia occidental y las recientes manifestaciones del “islamismo”, justificarían la denuncia de un monoteísmo “asesino”; en el segundo caso, la denuncia del orden de la experiencia individual vería en la religión una alienación “violenta” por la imposición de sus principios y leyes a las conciencias individuales gracias al totalitarismo de un dios único sin recursos alternativos.

Sin duda, sería fácil refutar estas manifestaciones agresivas por el hecho de estar acuñadas mediante la pasión y la polémica, sin hablar de la confusión del todo y de la parte. Por su parte, el monoteísmo podría, en contra, presentar fácilmente innumerables títulos de su propia nobleza. Pero este procedimiento resultaría demasiado fácil y correría el riesgo de quedarse en nada si dos o tres elementos, del interior mismo del monoteísmo, o del politeísmo, no condujeran a otras percepciones de las cosas, evitando de este modo el simple recurso y el regreso a lo que ha llegado a admitirse desde hace tiempo hasta la evidencia.

Ya que un cierto número de sus recientes denuncias lleva a cuestionar lo que parecía adquirido tras varios milenios, primero por la filosofía, después por la teología, y su conjunto definitivamente consolidado en el camino por la “revelación” bíblica. Entre la denuncia de las “maldades” de las religiones monoteístas, famosas por su violencia asesina, y la implicación de la limitación intelectualmente empobrecedora del concepto fundamental de unidad y unicidad, ¿estaría condenado el monoteísmo a una ilegitimidad definitiva aun cuando el politeísmo no encontrara su lugar correspondiente, dado que aquí y allá percibimos una mundialización que excluye toda división en compartimentos y todo olvido o ignorancia de las diversas realidades? ¿No haría el monoteísmo sino poner de manifiesto una posición racional que, de hecho, habría dejado atrás más o menos relativamente, si no abusivamente, un estado anterior de la conciencia y del pensamiento?

En este estado, la “religión” sería en primer lugar entendida como institución de adhesión colectiva, sin expresión explícita de ningún sentimiento creyente, que escaparía, naturalmente, a la racionalidad. En cuanto a las prácticas, las morales y los rituales, todos ellos pondrían de relieve igualmente el consenso o bien se convertirían en prácticas y comportamientos relativos. O bien, al contrario, ¿no sería más fácil oponerse a la alternativa de esta posición de rechazo del monoteísmo en la medida donde es más difícil generalizar la atribución y el reconocimiento de sus virtudes al politeísmo en general como también a todas sus formas, y, a fortiori, a los ateísmos elevados

al rango de legitimadores de los Estados? Pero los crímenes de unos no justifican jamás los crímenes de otros; por eso, la cuestión que actualmente se nos plantea trata de la validez y la legitimidad de la afirmación monoteísta, tanto desde un punto de vista histórico como desde un punto de vista racional. En esta perspectiva, debemos interrogarnos sobre lo que se encierra realmente, es decir, existencialmente, en estas categorías.

Tanto el monoteísmo como el politeísmo son, de entrada, abstracciones que, apoyándose en un principio de generalización, no precisan ni concretan gran cosa. Ya hemos aludido a lo que de superficial, y tal vez de falso, puede haber a la hora de hablar de las “tres grandes religiones monoteístas”: aparte de algunos puntos comunes un tanto vagos y de un mítico origen común (“todos son hijos de Abrahán”), ¿no existen entre ellas más diferencias y oposiciones que un acuerdo de fondo presuntamente esencial?

Cuando estudiamos sus concepciones teológicas se ponen de relieve componentes diferentes que llegan hasta la oposición con respecto a este “monoteísmo” común, hasta el punto de que el islam ve en el cristianismo una religión idolátrica, es decir, a fin de cuentas, politeísta, mientras que el judaísmo no sabría aceptar que Jesús de Nazaret fuera también seriamente considerado como “Hijo de Dios”, y no solamente como mesías, en nombre, por ejemplo, del *Shema Israel* del Deuteronomio. Por su parte, los estudios actuales sobre los orígenes del islam y sus relaciones con comunidades judeocristianas o con comunidades cristianas antitrinitarias, y, por tanto, heréticas, remiten a datos bastante complejos de los que no pueden excluirse las manifestaciones politeístas, a las que Mahoma hubiera tenido que oponerse.

Al remontarnos al origen más o menos reconocido o aceptado por estos “tres monoteísmos”, el Antiguo Testamento impone aquí algunos datos que deben reflexionarse por el uso de categorizaciones demasiado claras o simples. Dicho de otro modo, averiguar el origen puede permitirnos ver no solamente los datos y las condiciones de lo que emerge, el monoteísmo en nuestro caso, sino también de lo que ha permitido desplegar en su curso la constitución de un corpus que mantiene su complejidad hasta su desembocadura en el Nuevo Testamento.

Si la unicidad de Dios, que establece los fundamentos definitivos del monoteísmo, se encuentra en el Deuteronomio y en el Éxodo, sobre todo en la primera parte del Decálogo, no faltan textos en los que se ataca en primer lugar la abstracción de esta unicidad. Sin echar una ojeada a las expresiones poéticas que, sobre todo en los salmos, parecen integrar a los “elohim”, pensemos ahora en la Sabi-

duría creadora según el capítulo 8 del libro de los Proverbios (en particular 8,22-31). Y si los profetas son los grandes defensores del culto y del reconocimiento del único Yhwh, su herencia apocalíptica presenta figuras de la inversión del mundo lleno de "multitudes" que no reducen al Dios único a la soledad.

Paralelamente a estos datos sapienciales o apocalípticos, insospechables en sus desviaciones idolátricas, debemos también tener en cuenta la crítica a las figuras y las representaciones.

Es evidente que en las redacciones veterotestamentarias la crítica contra los ídolos es un tema tópico. De igual modo, resulta incontable el carácter cuasi original de la crítica contra las "imágenes", cuya estética sigue siendo una tentación para los "aniconistas" más o menos convencidos. Pero también se critican, y en todo caso se relativizan, las figuras e imágenes en las que Dios se hace presente. Pensemos en la "crítica" a las teofanías en la percepción del soplo impalpable de la revelación divina a Elías en el Horeb.

Pero, tal vez, lo más importante aquí es el punto de llegada del corpus canónico, a saber, el hecho de que todas las manifestaciones y representaciones divinas veterotestamentarias desemboquen en el Nuevo Testamento al final del Prólogo de Juan, cuando dice: "A Dios nadie lo ha visto nunca". Dicho de otro modo, el Dios del monoteísmo estricto siempre se ha escapado a la mirada del hombre. Ahora bien, el efecto de esta afirmación, que pone freno a numerosas ilusiones, nos abre a la manifestación de la plenitud divina en el Hijo, es decir, en Cristo, en aquel que será designado posteriormente como la segunda persona de la Santísima Trinidad. En este contexto puede plantearse, efectivamente, la siguiente cuestión: ¿no serían la denominación y la oposición tanto del politeísmo como del monoteísmo simples expresiones que no contendrían realmente nada de lo que se considera que designan? ¿A qué realidad se referirían realmente? Si el politeísmo ha podido ser desposeído de su pertinencia por el monoteísmo, este último ¿no habría dejado de serlo también por la complejidad misma de la revelación bíblica en su propia dinámica? ¿Quién es Dios? ¿Se encuentra en su Unicidad? Ahora bien, nadie lo ha visto jamás, sino solamente Aquel que ha salido del seno del Padre.

Si el islam puede ver en ello un retorno al politeísmo y el judaísmo un error sobre la persona, ¿no pondría patas arriba el cristianismo las estrictas designaciones del monoteísmo y del politeísmo? ¿No serían falsas denominaciones y distinciones? Más que nunca antes, son necesarias las reflexiones sobre las categorizaciones, pero también sobre esta dinámica bíblica que a lo largo del Antiguo Testamento,

pero sobre todo en su punto de llegada en el Nuevo, exigiría desplazar los términos e incluso considerarlos inapropiados, pues ni los dioses del politeísmo ni el Dios único del monoteísmo están apropiadamente designados en estos dos términos. En este sentido, la reflexión sobre la Trinidad sería más necesaria que nunca para “desabstraer” el orden de lo divino encerrado en estos términos y sus oposiciones.

(Traducido del francés por José Pérez Escobar)